

amor al prójimo. Ninguna necesidad puede justificar la perpetuación de un sistema que es la causa de tantos sufrimientos para seres humanos (p. 128). Para él la trata no es una cuestión política o ideológica, sobre la cual los partidos pudieran dividirse –piensa en los «derechos del hombre»–, es una cuestión moral y religiosa, «un delito abominable, una infracción a todas las leyes divinas y humanas, que compromete el honor de la nación» (*Esp.* n.º 24, IV, p. 426). Entre los millares de negros víctimas y los intereses de un puñado de especuladores, Blanco White elige la humanidad y la justicia.

Es verdad que esta intransigencia la compartía en Europa toda una corriente abolicionista que Blanco White, lector de la *Enciclopedia* y filósofo ilustrado pero no revolucionario, no ignoraba: se encuentran en ella los enciclopedistas o revolucionarios franceses –Montesquieu, Diderot, Jaucourt, Raynal, Robespierre– y los liberales ingleses –Fox, Wilberforce. «Perezcan las colonias antes que un principio», ésta es la fórmula atribuida a Robespierre que pudiera resumir su postura común<sup>57</sup>. Sin embargo cabe recalcar que Blanco White, conocido como un disidente anticatólico que forma parte de las Luces tardías, ha sostenido una postura tan radical pero sacando de Las Casas y de los conceptos teológicos que habían nutrido a los pensadores del siglo XVI, los principios fundamentales en nombre de los cuales condena la trata. Ahí nos parece que estriba su originalidad. A diferencia de las Cortes que, en su mayoría, parecían dominadas por la ideología de las Luces, de la filantropía o de la Revolución Francesa –Antillón es un buen ejemplo de esta tendencia– Blanco White es el único liberal que se ha alzado contra la trata fundándose esencialmente en una tradición de protesta religiosa, propiamente española. Lo curioso es ver que Blanco White, tan vituperado por Menéndez y Pelayo como un enemigo de la patria y de la fe, ha rechazado la trata que comprometía el honor de España, apoyándose en una doctrina perfectamente ortodoxa y arraigada en la tradición española.

Tratemos de explicar esta singular relación de Blanco White con Las Casas y más generalmente la importancia del argumento de tipo religioso. Digamos primero que la lucha por la independencia de las colonias americanas había dado a Las Casas nueva actualidad. Sobre el problema colonial, Blanco White compartía con Las Casas una postura anticolonialista y antiimperialista en nombre de un ideal de justicia y de libertad<sup>58</sup>.

<sup>57</sup> Encyclopédie, art. «Traite» y «Esclavage» (Jaucourt), que se inspira en Montesquieu y Locke. Robespierre dijo; «¡Y perezcan las colonias si las conserváis por ese precio!» (13-V-1791). Fórmula que puede compararse con la de Fox, Discursos, 1792, Bosq. p. 90.

<sup>58</sup> *Esp.* n.º 25; 30-V-1812, V, pp. 3-27; Pons A., «Révolution ou réforme en Amérique? Les «Conversaciones americanas sobre España y sus Indias» de Blanco White (1812)», Mélanges offerts a Paul Roche, Acta Hispánica, Presses de l'Université de Nantes, 1992, pp. 79-95.

En 1813, su mejor amigo en Londres no era otro que el dominico fray Servando Teresa de Mier, independentista, abolicionista y gran admirador de Las Casas; había editado la *Brevísima* en 1812, y había mostrado, en su *Historia de la Revolución de Nueva España*, que el defensor de los indios no había iniciado la trata de los negros. Mier poseía en Londres un volumen que contenía la «Controversia con Sepúlveda» y los tratados publicados en Sevilla en 1552, así como las obras de Torquemada y Remesal. Así se explica que, sin duda gracias a Mier, Blanco White pudo citar la bula *Sublimis Deus* según Torquemada y pudo tener conocimiento de obras de Las Casas entonces inéditas: el *De unico vocationis modo* o la *Historia Apologética*. Se sabe que Remesal había resumido la sustancia de éstas en su *Historia de Chiapa*, obra citada muchas veces por Mier a propósito de Las Casas<sup>59</sup>.

Para comprender la referencia de Blanco White a la doctrina lascasiana o más generalmente religiosa, conviene también tener en cuenta su trayectoria espiritual. En septiembre de 1812, después de diez años de ateísmo, se ha convertido al anglicanismo; vuelve a la pureza del Evangelio, a la fuerza civilizadora de la fe cristiana, con la intransigencia de los nuevos conversos (*Bosq.* p. 115). Así pues, la doctrina de Las Casas tenía para él tanto más valor cuanto que sacaba su verdadera fuerza de la más pura tradición del mensaje evangélico. Como Las Casas, Blanco White tomaba en serio el Evangelio y la defensa de los oprimidos, hasta tal punto que en 1816 formó el proyecto de ir a La Trinidad como misionero para cristianizar a los negros. En cuanto al tomismo, a pesar de todos los sarcasmos con que pudo agobiarlo, lo conocía muy bien desde sus estudios en el Colegio Santo Tomás de los Dominicos en Sevilla, de modo que más tarde sus colegas de Oxford solían consultarlo en todas las cuestiones de escolástica. Por fin, hay que recalcar su voluntad, de eficacia, claramente anunciada en la advertencia del *Bosquexo*: su argumentación de tipo moral y religioso, además de que expresaba sinceramente los valores superiores de su idealismo humanista, se adaptaba perfectamente al público a quien se dirigía: los miembros del clero, las élites políticas o religiosas y más generalmente, todo católico, fuese liberal o tradicionalista<sup>60</sup>.

<sup>59</sup> Mier, *Fray Servando Teresa de*, *Historia de la Revolución de Nueva España*, Londres, 1813. Ed. crítica, Saint-Lu A. y Bénassy M.C., *Publicaciones de la Sorbona*, 1990; sobre la «Controversia con Sepúlveda», pp. 141-142, 484-485; los tratados publicados en Sevilla en 1552, p. 141; el *De Unico vocationis modo*, citado según Remesal, *Historia de Chiapa*, pp. 484 y 588; la *Historia apologética*, según Remesal y Torquemada, p. 638, dos obras que Mier tenía en Londres, p. 657. Se encuentra el mismo pasaje de la bula *Sublimis Deus* según Torquemada, *Monarquía Indiana*, que cita Blanco White; *Historia*, pp. 479-480, *Bosq.* p. 127 nota.

<sup>60</sup> «Ministros del Evangelio...», *Bosq.* p. 128; «Tráfico de esclavos», *Esp.* VII, p. 147.

## IV

El *Bosquexo*, escrito de combate, alegato y requisitoria, está organizado con objeto de provocar entre los españoles una toma de conciencia y movilizarlos para obtener con toda urgencia la abolición de la trata. La fuerza de convicción que se desprende del texto se explica, ya lo hemos visto, por la estructura y el contenido, la realidad de los hechos denunciados y el vigor de la demostración. Pero depende también de la manera en que está redactada la obra. Por eso cabe examinar cómo la forma y el estilo contribuyen a reforzar la eficacia del discurso.

Al examinar el léxico, lo que más se nota es la elección de términos fuertes. Abundan los sustantivos enérgicos para denunciar las consecuencias de la trata en África: «azote, desolación, horrores, miserias, mal» (pp. 20-21). Estos sustantivos vienen reforzados por adjetivos vigorosos que a menudo toman la forma del superlativo relativo o absoluto en «ísimo»: «los actos más horribles de fraude y violencia» (pp. 25-28); la trata es «un pecado gravísimo» (p. 117). Una de las palabras-claves más repetidas es el sustantivo «horror» o los adjetivos derivados: «horrendo, horrorizado». La trata es un «horrible abuso, horrible comercio» (pp. 75, 87). Si los horrores se denuncian con palabras muy enérgicas, es también el caso de los verdugos, asimilados a los piratas; «piratas y ladrones, piratas y asesinos» (p. 39, 125, 73). Vienen opuestos a las víctimas en un juego de antítesis que hace hincapié en la violencia y la culpabilidad de los primeros y la debilidad y la inocencia de los segundos: «pobres Africanos, infelices Africanos... pobres e ignorantes, los débiles e indefensos» (p. 136, 137, 127). Esta debilidad, a menudo recalcada, expresa una tendencia profunda de Blanco White: su predilección por los oprimidos. Ciertas palabras-claves o sus equivalentes sirven para poner en evidencia la responsabilidad de los europeos en la trata y su único móvil; es lo que manifiesta la frecuencia de la pareja «víctima-codicia»: «víctimas de la codicia europea, víctimas de la avaricia europea» (p. 31, 122-127). Todavía más notable es la frecuencia de los términos abstractos referentes a la moral. Blanco White denuncia la injusticia en nombre de ciertos valores morales en los cuales cree profundamente: «humanidad, justicia, razón, honor, virtud», palabras muchas veces recalcadas por la tipografía o colocadas en antítesis: «la virtud y la injusticia» (p. 77, 84, 87).

Este léxico, muy revelador por sí mismo de una voluntad de eficacia, se utiliza, gracias a distintos medios estilísticos, para conseguir una amplificación de la idea. Amén de la repetición, conviene notar la importancia de la enumeración, por ejemplo en la recapitulación de las consecuencias de la trata en África (p. 127). La enumeración puede reforzarse por el paralelismo para amplificar, de modo conmovedor, el sinnúmero de vidas humanas aplastadas por la trata: «el tráfico que

causa tantas muertes, tantos robos, tantos tormentos a criaturas humanas...» (p. 124). Muchos de los medios estilísticos de que acabamos de hablar son los de la oratoria sagrada y llevan el sello del ex-predicador de la catedral de Sevilla. Blanco White los utiliza sin ningún énfasis, pero sí con una verdadera elocuencia, que brota de una indignación sincera. Anima la obra entera un estilo fluido y vivo que a menudo traba con el lector un diálogo en que se suceden los apóstrofes, los giros imperativos, interrogativos, exclamativos. Todo eso dramatiza el discurso y le da una especie de arranque, de urgencia y de espontaneidad (pp. 14, 19, 20, 38, 80-82, 135-136).

Pero lo que da al estilo su mayor fuerza es que expresa una sensibilidad excepcional. En el fondo el *Bosquexo* es el testimonio de quien, incluso cuando está lejos del teatro del dolor y de la muerte, percibe los sufrimientos, siente en su ser los tormentos y la humillación, «padece con» las víctimas y apela a la compasión de sus compatriotas. Aunque el «yo» no aparece nunca explícitamente, el autor está siempre presente, con la expresión de una profunda piedad por los oprimidos. Como lo recordó más tarde, al redactar el *Bosquexo* «tan vivamente me afectaron los conmovedores sucesos que relataba que las páginas de mi manuscrito se empaparon de lágrimas»<sup>61</sup>. De este trastorno físico —«lágrimas, náusea, estremecimiento»— encontramos indicios apuntados en el mismo texto: «la historia que va a empezar... no se podrá leer sin lágrimas» (pp. 48, 54, 60, 67). El arte de Blanco White consiste en comunicarnos sus sentimientos y hacernos partícipes de su emoción con estilo vigoroso y sencillo. La tonalidad afectiva del discurso se traduce por la frecuencia de los párrafos exclamativos que pueden expresar la compasión por las víctimas:

¡Ochenta mil criaturas humanas arrancadas de su tierra, privadas de sus padres, hijos y hermanos... ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre! (p. 31)

o también la amargura, la exasperación y la ira frente al cinismo y a la codicia de los hacendados (p. 133), pues Blanco White no se contenta con manifestar su compasión por los negros; acusa a sus verdugos; no desprecia el insulto; no sin cierta valentía, se atreve a publicar el nombre del agente inglés de los traficantes habaneros establecido en Sherbro en Sierra Leona; sabe lanzar contra los hacendados fórmulas tremendamente acusadoras. Con todo su arma más eficaz es la ironía, que maneja naturalmente jugando con todos sus matices. Puede ir del humorismo alusivo a la socarronería, pero las más de las veces tiene el tono del sarcasmo indignado o amargo, como cuando por ejemplo censura la inhumanidad y la avaricia de los negreros:

<sup>61</sup> Blanco White a W. Bevan, op. cit. p. 174.